

# CENTENARIO DE AMISTAD ARGENTINA - JAPÓN

## Identidad religiosa de Japón

Conferencia pronunciada en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador por el Lic. Carlos Manuel Rúa.

### Consideraciones Iniciales:

Hablar de la religión de un pueblo es una tarea complicada debido a varias razones. En primer lugar la religión es algo íntimo que se establece entre una persona y una divinidad o un Ser Absoluto, y esta relación es propia de cada individuo, intransferible a otras personas, por lo que al generalizar perdemos mucho de la esencia propia del hecho religioso. En segundo lugar estamos tomando una cultura muy diferente a la occidental y por lo tanto con patrones que resultan muy diferentes de los nuestros, por lo que, al evaluar los aspectos religiosos, nuestro marco de referencia no es el apropiado debiendo manejarlos con conceptos nuevos muchas veces incomprensibles a nuestra razón. En tercer lugar la religión presenta dos aspectos, uno es la doctrina y el otro es el ritual; si bien todas las religiones comparten ambos aspectos su relación varía considerablemente. En Japón encontramos que el shintoísmo prácticamente carece de doctrina y podríamos definirlo como un conjunto de prácticas rituales puestas en evidencias en los matsuri (festivales); en cambio, en el budismo el conjunto doctrinario es comparable al de las religiones monoteístas occidentales.

Por todo esto dar una concepción general de la religiosidad japonesa resulta muy difícil; trataré de dar por lo tanto aquellos aspectos que están en la base de la religión, sin pretender abarcarlos a todos ni dar una correlación histórica precisa de los mismos.

### Base de la Religiosidad Japonesa:

Al observar la cultura japonesa podemos decir que la religiosidad está, en gran parte, implícita en todos sus componentes. Cuando nos acercamos al pensamiento japonés vemos su profunda relación con los

aspectos que en Occidente incluimos expresamente dentro del término Religión. Todo es objeto de un sinnúmero de prácticas y ritos, si bien no siempre públicos, o de creencias unificadas. Y por debajo de ese campo, casi infinito, de prácticas rituales determinadas, existe una creencia casi universalmente aceptada de que hasta la tierra misma es sagrada. Este carácter sagrado de la tierra y de la naturaleza, en todas sus manifestaciones, es sin duda una característica fundamental de la religión japonesa.

Desde sus orígenes hasta nuestros días diversas corrientes fueron ejerciendo distinto grado de influencia moldeando las manifestaciones externas de la religiosidad japonesa. A los aportes nativos hay que sumarles la gran influencia ejercida por China, ésta no sólo ofrece elementos culturales sino que da la escritura y conceptos nuevos que son absorbidos acomodándose al pensamiento japonés.

Si partimos de los primeros tiempos debemos tomar la mentalidad mítica que se encuentra claramente expresa en el Koyiki (Recuerdos de los acontecimientos antiguos), texto fechado en el 712 DC, en cuya primer parte se recogen los mitos y las leyendas de la era de los dioses. En este texto, que manifiesta los elementos fundantes del pensamiento japonés, tenemos un rasgo sumamente importante que es el fenomenismo, es decir, todos los fenómenos, tanto naturales como culturales, son considerados como dioses o manifestaciones de la divinidad. Esto queda claramente evidenciado en el siguiente párrafo del Koyiki:

Después de haber dado a luz el país, el dios Izanagi y la diosa Izanami dieron a luz otros dioses, tales como el dios de la Paciencia, el dios de la Roca y la Tierra, la diosa de la Arena, el dios del Portal, el dios de la Teja... el dios poderoso del Mar, el dios del Puerto. Y, finalmente, la diosa Izanami, al dar a luz al dios del Fuego, se quemó y desapareció. El dios Izanagi, su esposo, gritó desesperadamente: «¡Ah, por un hijo así, mi amor perdió su vida!», y lloró su muerte arrastrándose alrededor del cuerpo de la diosa Izanami. A la Divinidad en que se convirtieron las lágrimas del dios Izanagi, se le llamó la diosa de la Fuente del Llanto.

La diosa Izanami fue enterrada en el monte Jira entre el país de Izumo y de Jajaki. El dios Izanagi, muy enojado, cortó la cabeza de su recién nacido con la larga espada que llevaba siempre. Entonces la sangre se dispersó adhiriéndose a las rocas. A la Divinidad en que se convirtió la sangre pegada a las rocas, se le llamó el dios Rompe-Piedras, dios Rompe-Raíz y gran dios de la Roca.

En este breve párrafo queda manifestado como cualquier fenómeno de la naturaleza es asimilado a una divinidad. Esta recibe el nombre de Kami, que es la base del Shinto (literalmente la «vía de los Kami»), el cual agrupa todas las prácticas tradicionales autóctonas japonesas.

Por otro lado también está claro en el Koyiki que no hay un dios Absoluto, se pueden considerar grupos de dioses con un rango superior a otros pero de ninguna manera existe un ser absoluto y último, lo que lo diferencia de la mitología griega y del pensamiento judeocristiano.

Una característica que no es exclusiva del Koyiki si no que es típica de toda mentalidad mítica es el no-reconocimiento de la contradicción, es decir del principio que en Occidente denominamos de tercero excluido: una cosa es o no es y no admite ulterior sentido de verdad. Este principio lógico que fundamenta todo el pensamiento occidental, en Oriente no es considerado significativo y de esta manera no existen los pares de opuestos en el sentido en que lo manejamos nosotros los occidentales. El que afirmemos que algo es uno, por ejemplo, no implica que neguemos que sea múltiple, una cosa puede ser considerada blanca y al mismo tiempo ser considerada negra. Así también, no hay una clara distinción entre divino y humano: se consideran como dos funciones del mismo ser.

Si analizamos la creación del mundo, ésta no tiene un creador único, más bien el mundo aparece como una continua creación espontánea, como lo refleja el siguiente párrafo:

En el comienzo se hicieron, en el centro del cielo, el dios central del Cielo, el dios Celestial de la Creación, y el dios divino de la Generación. Estos tres dioses, siendo solteros, se ocultaron. Más tarde nacieron dos dioses a la

manera del crecimiento de los juncos, el dios del Germen y el dios Celestial del Crecimiento, los cuales, siendo también solteros, se ocultaron.

Después de haber nacido tres parejas de dioses, nació una nueva pareja, Izanami e Izanagui, a los que los dioses celestiales ordenaron la creación de un país nuevo. La pareja, al recibir dicha orden, hizo primero una pequeña isla en la que descendieron inmediatamente. Ahí el dios Izanagui le preguntó a la diosa Izanami, «¿Cómo está hecho tu cuerpo?». La diosa le contestó diciendo: «Mi cuerpo está muy bien hecho pero le falta algo». A lo que el dios Izanagui repuso: «Mi cuerpo también está muy bien hecho, pero le sobra algo; ¿qué te parece si lleno lo que te falta con lo que me sobra?», de esta manera podremos crear un nuevo país, ¿no?». «Muy bien», respondió la Diosa... ellos se juntaron y así de este modo crearon las islas del Japón.

Resulta claro que la pareja divina Izanami-Izanagui no es la creadora del mundo sino un agente de la voluntad suprema, siendo una deificación de las fuerzas naturales generativas.

A mediados del siglo VI este esquema mítico se ve sacudido por la introducción del budismo proveniente de los reinos coreanos. En un comienzo esta corriente genera tanta aceptación como rechazo en la corte japonesa; recién para finales del siglo VII se apaciguan los enfrentamientos practicando la corte ambas religiones (en el año 685 se enviaron órdenes a todas las provincias para que en cada casa se levantara un pequeño altar budista, que debía ser reverenciado y provisto de ofrendas).

Para el pueblo japonés el budismo fue tomado como una garantía suplementaria contra las desgracias, tanto individuales como colectivas, que le tocaba vivir, como terremotos, inundaciones, incendios, etc. Es decir que se imploraba tanto a los Kami como a Buddha, ejemplos de esto lo encontramos en el Nihongi (Crónicas del Japón), texto que narra la historia de Japón desde los orígenes hasta el año 697, marcando más los acontecimientos históricos que el Koyiki. Así podemos ver que para el año 642 la sequía se prolongaba más de lo debido y el Nihongi nos

dice:

El día 25 del séptimo mes, algunas aldeas habían sacrificado por consejo de los sacerdotes shinto bueyes y caballos; otras habían desplazado sus mercados. Eran costumbres importadas de China. Se había implorado además al dios del río. Todos estos remedios habían resultado ineficaces, así que Soga no O-mi sugirió que se hiciera una lectura de los sutras en los templos (palabra sánscrita que designa un texto formado por frases breves o aforismos, los cuales forman parte del canon budista) y se celebraran ceremonias de desagravio rogando por la lluvia. Tampoco estas medidas tuvieron éxito. La emperatriz, entonces, volvió a las divinidades shinto; se trasladó a las fuentes del monte Minabuchi; oró allí, según los ritos chinos, dirigiéndose a las cuatro direcciones y elevando sus ojos al cielo. Esta vez llovió durante cinco días.

Esto nos evidencia que la corte practicaba simultáneamente la religión local y la importada. Existen varios edictos imperiales en los cuales se reverencia a la vez a los dioses de la tierra y el cielo y al Buddha, como así también declaran que «la gran palabra del Buddha es, entre todas las leyes, la que mejor conviene a la protección del Estado» y que debían colocarse copias de sutras y estatuas de Buddha en las diversas provincias, rogando a la vez a las divinidades del cielo y de la tierra y reverenciando a los antepasados del emperador, etc.

Ahora bien, en el budismo todos los seres están distribuidos en categorías dentro de los ciclos de la transmigración, ésta establece que el destino de cada ser está determinado por su karma (sus propios méritos o faltas). La escala de categorías, que constituiría el samsara, parte de los seres infernales; luego están los muertos famélicos; a continuación vienen los animales, los asuras (que según la tradición japonesa son guerreros muertos en combate, que se entregan después de la muerte a luchas agotadoras); luego vienen los hombres, con su mejor o peor condición; por encima de éstos los que podríamos denominar dioses concupiscentes, porque, si bien su condición es mejor que la de los humanos, no están exentos de las pasiones; luego otros dioses sumidos

en interminables meditaciones, pero sin llegar a la verdad. En la cúspide encontramos a seres que han llegado a una comprensión casi perfecta pero que se complacen egoístamente en este estado, sin pensar en la salvación ajena, y por último, dentro del budismo Mahayana que es el que llegó a Japón, los Bodhisattvas, que se encuentran en el umbral mismo del nirvana, pero se niegan a entrar mientras queden seres vivos por salvar. Dentro de este esquema ¿dónde se ubicarían los Kami del Shinto? Si bien no encontramos textos que en forma categórica lo determine, a través de numerosos pasajes podemos decir que son asimilados a la categoría de los dioses inmediatamente superiores a los hombres. Ahora bien, dentro de la concepción budista estos dioses, como los hombres, tenían que transmigrar siguiendo su karma hasta llegar a la iluminación. Con lo cual surgía un nuevo interrogante ¿cómo se podía ayudar a los Kami a conseguir su salvación?. Esto se conseguía leyéndoles los sutras, depositando en sus templos copias de las escrituras o estatuas de Buddha o construyendo justamente al lado de sus templos santuarios budistas donde se celebraran servicios en su nombre. A partir del siglo IX los Kami pasan a ser considerados Bodhisattvas, un «ser destinado al despertar» que renuncia a la liberación plena hasta que el último ser no lo consiga y pone todo su empeño en ayudar a los demás en su camino hacia la liberación. Poco a poco esta idea fue haciéndose más fuerte siendo simbolizada por la expresión Honji suijaku que quiere decir el cuerpo original de un Buddha o Bodhisattva (Honji) se manifiesta dejando caer (sui) su rastro (jaku) sobre la tierra. Así ya no era el hombre el que tenía que ayudar a los Kami a conseguir su liberación sino, que por el contrario, eran los Kami, en su condición de Bodhisattvas, los que daban la ayuda espiritual al hombre para su liberación. De esta manera los principios budistas quedaban incorporados plenamente en el pensamiento japonés.

Por el siglo XII hace su penetración en Japón un tipo de pensamiento budista particular, el Zen, proveniente de China, donde se denominaba Ch'an, contenía una gran influencia taoísta. Su idea principal era un rechazo pleno del intelecto, lo esencial, para esta corriente, es una toma de conciencia directa e intuitiva de la propia naturaleza de Buddha. Esta naturaleza no se despierta por medio del estudio de las Escrituras, ni por practicar buenas acciones, únicamente se logra por la

ruptura de los límites del pensamiento lógico, por un despertar de la sabiduría trascendental procedente de lo más profundo del yo humano. En palabras de un maestro Zen:

La ley de Buddha no tiene un lugar especial para una actividad precisa, es solamente la vida de todos los días sin otra cosa que hacer. Haced vuestras necesidades, lavad vuestros cuerpos, poneos las vestiduras, alimentaos, si estáis cansados, acostaos.

Es decir, consiste en vivir la vida de cada día a un nivel totalmente diferente, haciendo de ella la expresión auténtica del verdadero yo en un continuo acto de creación. De esta manera el Zen se incorporó a las tareas más simples del hombre, poniéndose de manifiesto en formas tradicionales de la cultura japonesa como el Kendo (esgrima), chado (ceremonia del té), shodo (caligrafía) o en el Haiku (forma clásica de poesía japonesa). Así se ha afirmado: «Para un creyente zen, la transformación de la arcilla en una encantadora taza de té, es la religión misma.»

El Zen influyó en todos los niveles de la vida japonesa, desde los samurai de alta posición, particularmente en el desarrollo del Bushido (el camino del guerrero), que es su código de conducta; hasta las personas más humildes de las provincias, hecho que podemos ver claramente manifestado por el término japonés wabi. Este significa «pobreza» o, negativamente, «no estar de acuerdo con la sociedad de su tiempo». Ser pobre, en el sentido de no depender de las cosas terrenas (poder, riquezas, reputación), y sin embargo sentir interiormente la presencia de algo sumamente valioso por encima del tiempo y la posición social. Wabi es sentirse satisfecho con lo que se tenga, disfrutando de una frugal comida escuchando el suave murmullo de un chaparrón.

También influyó en el concepto de giri (obligación), un concepto esencialmente religioso alrededor del cual gira y se orienta casi todo el comportamiento japonés. Respetar y venerar las obligaciones que uno contrae es un deber sagrado y, como tal, ha de ser tenido en consideración a la hora de comprender el comportamiento religioso de los japoneses. El giri se halla presente en esa disciplina tan intensa a la que una persona

se somete para tratar de dominar alguna de las artes tradicionales, incluidas las comunmente denominadas «artes marciales». La relación entre maestro y discípulo, basada en el concepto de giri, es semejante a la relación que existe entre un sacerdote y sus feligreses. Se caracteriza por tener inevitablemente símbolos sagrados y su comportamiento se acomoda a un ritual.

Los monjes Zen cultivaron también el estudio del confucianismo; cuando regresaban de China de estudiar la doctrina traían muchos textos confucianos y taoístas, y se convirtieron en los difusores del confucianismo en Japón. En los siglos XIV y XV los monasterios zen de Kyoto fueron los principales centros de publicación de textos confucianos. Ahora bien, la forma de confucianismo que se extendió por Japón, debido a la difusión de los monjes zen, fue la denominada neoconfucianismo, la cual resultaba diferente del confucianismo que estaba presente en Japón desde el siglo VI, en el cual se resalta sólo la importancia de los deberes de los súbditos para con su soberano y la necesidad de armonía entre los inferiores y los superiores, sin hacer hincapié en nada trascendente. En cambio en el neoconfucianismo, cuyo mayor representante y sistematizador fue Chu-Hsi, se establece una distinción entre dos elementos antagónicos y complementarios que para nuestros conceptos occidentales equivaldría a hablar de razón por un lado y materia por el otro. La razón del universo esclarece la razón del mundo humano de modo que la moral verdadera comulga con la razón universal. Esta razón del universo no es una ley a descubrir sino que es una razón trascendental. La moral es, pues considerada como algo trascendental, y el orden social se considera como una realización del orden celestial. Esta postura resultaba muy útil para ser aplicada por el poder político y es por ello que el Shogun (gobernante japonés) la adopta y la convierte en un sistema ortodoxo a partir del siglo XVII. Por otro lado despertó el racionalismo entre los sabios japoneses, pues era un sistema coherente, lógico y racionalista, dando lugar al desarrollo de una conciencia histórico-filosófica independiente de la mentalidad mítica tradicional. Esta nueva forma de encarar los hechos históricos es a tal punto desmitologizante, que encontramos por ejemplo en Arai Jakusei, un escritor del siglo XVIII, en su libro *Ensayo sobre la historia del Japón antiguo* el siguiente párrafo acerca del origen de la familia real:

El emperador del cielo [que corresponde a la razón universal de Chu-Hsi] es universal, de modo que no aparece sólo en un país, sino en todos los países. ¿Por qué sólo los chinos han de tener santos? ¿Por qué sólo los hindúes han de tener Buda? Y ahora en Japón, ¿por qué no podemos discutir abiertamente sobre la naturaleza divina de la familia real sin mistificar su origen? Esta actitud cerrada y orgullosa no nos conduce a ningún bien, lo que ya hemos aprendido de la tiranía de la dinastía Chin.

Con esta mentalidad crítica los dioses no son más que personas a las que se les quiere expresar un gran respeto, pasando la palabra Dios del contexto mitológico al sociológico. A partir de esto se genera un grupo de verdaderos pensadores racionalistas críticos. Así tenemos por ejemplo el caso de Tominaga Nakamoto que, libre de la metafísica neoconfuciana, concibe la historia como una acumulación de hechos, sin ninguna finalidad determinada, condicionados por el tiempo y el espacio. Esta visión resulta absolutamente relativista, atacando no sólo a los mitos, sino también cualquier tipo de ideología metafísica, racionalista o irracionalista. Se pasa a relativizar las tres religiones más significativas: el shintoísmo, el budismo y el confucianismo con la idea de que no son más que una creación de una ideología subjetiva universal determinada totalmente por el tiempo y el lugar. En consecuencia deberíamos dejar todos los sistemas establecidos y utilizar el sentido común para asegurarnos un camino seguro que nuestra mente pueda seguir, en este sentido leemos en Tominaga:

El budismo es de los hindúes, por los hindúes y para los hindúes, lo que significa que no es nuestro camino. El confucianismo es chino, de modo que tampoco es nuestro camino. El shintoísmo, aunque japonés, no es de nuestra época, sino de un tiempo remoto, por lo que no sirve a los hombres de hoy. Dicen que la verdad penetra en el tiempo y en el espacio, que la diferencia geográfica o histórica no impide la penetración de la verdad; pero yo digo que la verdad tiene sentido sólo cuando podemos practicarla. Una verdad

que se practica en un país extranjero o en un tiempo remoto no tiene sentido. El budismo o el confucianismo o incluso el shintoísmo no pueden ser de ningún modo nuestra verdadera religión. Entonces, ¿cuál será la religión apropiada para nosotros? Digo que será una simple práctica de la vida cotidiana, que cualquier religión enseña a sus fieles; por ejemplo cumplir nuestros deberes, aplicarnos en nuestra profesión, ser amables con los demás, usar palabras gentiles y, si hay familia, cuidarla bien. También usar palabras actuales, vivir a la manera contemporánea, tener amistades con la gente contemporánea, etc. Así será nuestra religión. Por supuesto, esta religión no es ni de la India, ni de la China, ni del Japón antiguo. No viene ni del cielo ni de la tierra. Viene sólo de la vida cotidiana actual.

Otros autores no buscan explicar las religiones dentro del contexto histórico sino que su rechazo obedece a que no dan una estructura lógica del mundo. Filósofos como Miura Baien utilizan la duda metódica como elemento de búsqueda de la Verdad, así nos dice:

Desde mi infancia dudé de todo. Las explicaciones dadas por los demás me parecían carentes de fondos seguros. Por ejemplo, alguien había dicho que el fuego era caliente porque era yang. Me pregunté entonces por qué todo lo que pertenece al yang sería caluroso. Otra persona me dijo que el yang subía porque era ligero y el yin bajaba porque era pesado ... y mientras la gente quedaba contenta con este tipo de explicaciones, yo cada vez tenía más dudas. Me preguntaba por qué los ojos ven, por qué las orejas oyen ... mientras que la gente no se preguntaba nada. Normalmente la gente considera como bien lo que es capaz de hacer, negando o ignorando lo que no es capaz de entender. La gente se contenta con citar las palabras de los textos clásicos para justificar su opinión, pero yo no puedo dar crédito a sus palabras aunque sean de los textos de autoridad. Mal satisfecho con las explicaciones y demostraciones de la gente,

he reflexionado a fondo en todos los problemas fundamentales, como el universo, la vida, la muerte, etc., y al fin creo haber descubierto algo sobre la verdad del mundo.

Este algo lo expresa de la siguiente manera:

El mundo es dual, así lo muestra nuestra visión lógica y clara; pero el mundo es también único, así lo muestra nuestra contradictoria visión oscura. Ver el mundo lógico y contradictorio a la vez (única manera de captar el mundo dual y único al mismo tiempo), es el único camino para captar la verdad.

Con este esquema se nos presenta el mundo bajo dos aspectos: un aspecto de oposición discontinuo y un aspecto de unidad continuo; correspondiéndoles dos niveles de conocimiento distintos: uno analítico y otro sintético. Tenemos que los elementos míticos pasaron a ser elementos constituyentes de un sistema cognoscente, dejando de ser «reales» o «substanciales».

Este pensamiento lógico va a provocar una fuerte reacción por parte de los defensores de lo mítico surgiendo un antirracionalismo cuyo representante más importante lo tenemos en Motoori Norinaga, cuyo antirracionalismo etnocéntrico convertido en nacionalismo irracionalista va a tener suma importancia en los acontecimientos políticos del Japón hasta la Segunda Guerra Mundial. Motoori considera que la razón no es de importancia para el hombre y quiere fundamentar esto en su confianza de la bondad de la naturaleza humana primitiva, reclamando el retorno a la naturaleza, en sus palabras:

El ser humano sabe todo por naturaleza. Sabe lo que tiene que hacer. Gracias al Dios de la Generación y la Creación el hombre tiene lo que tiene y puede lo que puede. No sólo los humanos, sino los animales y todos los seres vivientes saben vivir gracias al mismo Dios de la Generación y la Creación. Ahora bien, entre los seres vivientes, los humanos son más sabios que otros, de modo que los humanos no

necesitan ninguna educación moral. No hay ninguna necesidad de imponernos una moral como la de Confucio. La moral confucianista exige algo inhumano, se impone de una manera rígida, es dañina a nuestra naturaleza bondadosa. Nadie puede practicar esa moral. Es una moral que nos aleja de la bondad que tenemos por naturaleza. Es una bondad que condena nuestros deseos ignorando que cada deseo nuestro tiene su razón de ser, tan profunda que incluso nuestro entendimiento no llega a captar.

Motoori nos dice que el conocimiento más profundo lo podemos alcanzar a través de la literatura, en especial con la poesía, pues es con ella que nos volvemos más sensibles al mundo natural y al emotivo, y de esta forma vamos a ser capaces de ser sensibles a la emoción que se extiende en el mundo, podríamos decir una especie de emoción universal. Pensamiento muy similar al de Rousseau, aunque en el caso de Motoori no se interesa en las instituciones sociales, sino en el antagonismo Japón-China y la realización de una identidad cultural propia para el Japón.

En esta lucha entre el racionalismo y el antirracionalismo el pensamiento mítico trata de mantenerse a salvo procurando la anulación del conflicto, hecho que intenta realizar Ishida considerando que la finalidad de cualquier religión o filosofía es la misma, en lo que varían es en el método. Lo importante por lo tanto no es ni la religión ni la filosofía que se profese, sino el estado del alma, el corazón (kokoro). Este pensamiento, que podríamos definirlo como un irracionalismo ecléctico, apunta a limpiar el corazón, obtener el corazón vacío, para obtener la tranquilidad del alma, en definitiva no se trata de un conflicto ideológico, sino de un conflicto interior, el cual desaparece al obtener el corazón vacío, sin pensamiento, en palabras de Ishida:

Si llegas a conocer tu corazón, ya no te preocuparás de la distinción entre el budismo, el confucianismo y el shintoísmo; más bien verás que Buda, Confucio o Dios son, todos ellos, limpiadores de tu corazón.

Por lo tanto nuestro error consiste en pensar, éste es el obstáculo

para la felicidad, pues pensar es dividir en dos partes, es analizar, y con esto lo que hacemos es profundizar el antagonismo en vez de reducirlo y llegar a la captación intuitiva de la unidad del mundo. Bajo este enfoque la tradición mítica puede afrontar los cambios que la modernización de Japón va a sufrir a partir de mediados del siglo pasado, ya que es un pensamiento que corresponde a la mentalidad del pueblo, que no puede participar del conflicto ideológico, ni puede opinar, resignándose a una situación dada.

Al llegar al siglo XX, luego de la derrota de la Segunda Guerra Mundial, el enfrentamiento racionalistas frente a antirracionalistas dejó lugar al florecimiento de una multitud de diferentes cultos que pasaron a constituir el fenómeno denominado de las nuevas religiones o sectas. Si las analizáramos encontraríamos en ellas, en diferentes grados, todos los elementos que expresamos anteriormente y provenientes de diferentes enfoques y lugares geográficos. Eso nos da una pauta de la gran religiosidad existente en la base de la cultura japonesa. La religión es interpretada en estos nuevos grupos como válida en la medida en que se encuentre ligada a la vida cotidiana. Sus doctrinas son válidas pues fueron reveladas a sus fundadores por inspiración divina directa, resultan en general sumamente eclécticas y sincréticas tomando distintos elementos de distintas religiones incluyendo el cristianismo. Este sincrétismo obedece a la idea de la relatividad de las religiones, lo que da a su vez una gran tolerancia hacia las restantes manifestaciones religiosas. El marco teológico es muy simple o inexistente lo que facilita a quien se incorpora una rápida asimilación al grupo, al mismo tiempo permite una rápida adaptación a las circunstancias cambiantes del mundo. Un detalle significativo de estas nuevas corrientes, que constituye un hecho nuevo en la historia religiosa del Japón, es que en la mayoría sus fundadores no son hombres sino mujeres; y al mismo tiempo dentro de sus miembros hay mayoría de mujeres.

En Japón a diferencia de Occidente, no hay necesidad de profesar públicamente una religión, sino que sencillamente, se vive. Un famoso haiku describe el abrazo de una flor de campanilla y una enredadera en el asa de un cubo del pozo, obligando a la autora a buscar agua fresca en otro lugar. El sentimiento de este haiku, al implicar que la autora prefiere ir a su vecino a pedirle agua en vez de romper la enredadera para sacar

agua de su propio pozo, representa un ejemplo de la relación entre hombre y naturaleza. Esta actitud japonesa queda bien resumida en un proverbio muy conocido que traducido significaría «Hasta la cabeza de una sardina puede ser objeto de veneración». Así como todo es sagrado, todo ritual también expresa religiosidad independientemente de a que religión pertenezca, por ello los japoneses practicando el shintoísmo en su vida diaria, al llegar el momento del casamiento pueden elegir realizarlo con una ceremonia cristiana; y al fallecer un familiar resulta más apropiado realizar una ceremonia budista en el momento del funeral. En Japón las cabezas de las sardinas, el monte Fuji o la sutil relación que une fenómenos entre sí dispares, todo es parte de ese sentimiento de lo sagrado que todo lo envuelve. Podemos afirmar, finalmente, que en una nación donde abundan tanto los santuarios y templos, donde el arte de la vida y las cosas más sencillas son profundamente sagradas, la religión ha estado y está desempeñando un papel muy importante en la vida de los japoneses.

## **Japón: Visión económica**

Conferencia pronunciada el 10/8/1998 en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador por el Sr. Subsecretario de Negociaciones Económicas Internacionales, Embajador Dr. Eduardo Sadous.

### **1. Antecedentes históricos.**

#### **A. Período 1868 - 1945.**

La Edad moderna del Japón se inicia en 1868, con la Restauración de Meiji, habiendo disfrutado previamente de 250 años de relativa paz, aislado del resto del mundo. En aquel entonces empezó el esfuerzo de industrialización.

Con un territorio muy reducido -baste decir que tiene 380 mil kilómetros cuadrados, o sea, una octava parte de la República Argentina-, dotado de pocos recursos naturales, el Imperio era muy vulnerable a las amenazas de ocupación extranjera tanto europea como estadounidense,

que reclamaban el libre comercio.

Las presiones occidentales llevaron al gobierno del Shogunato a la firma de distintos Tratados de Amistad, y Navegación, con los EE.UU., Países Bajos, Reino Unido, Francia y Rusia, perdiendo, entre otros derechos, la autonomía de establecer sus propios aranceles aduaneros.

La amenaza internacional dio impulso a la Restauración Meiji, que condujo a la industrialización y modernización del país.

El gobierno decidió deliberadamente encarar la industrialización a través de su política de Shokusan Kogyo ("desarrollar la industria y promover empresas") que se basaba en la consolidación del sistema bancario mediante la creación de un banco central, en la instalación de ferrocarriles y correos así como en el establecimiento de fábricas modelo estatales que serían vendidas posteriormente al sector privado. Ello permitió la introducción de gran número de industrias en el Japón: hilanderías de seda, minas de carbón y fábricas de cemento y vidrio. Hacia la década de 1890, el Japón exportaba ya un 50% de su producción. Mitsui, Mitsubishi y Sumitomo edificaron sus fortunas sobre el carbón. Esta política sentó las bases de lo que posteriormente sería la industria naval y del acero del Japón.

Por primera vez se instauró la libertad de elegir en forma generalizada, al tiempo que se establecía un sistema común de escolaridad y un régimen militar de reclutamiento.

A su vez, la reforma de la contribución sobre la tierra aseguró los ingresos fiscales y constituyó durante muchos años el principal recurso del Estado.

Por otra parte, los estudiantes japoneses fueron enviados a América y a Europa a investigar las prácticas del Occidente para su posterior adaptación en Japón.

La aprobación del Código de Comercio en 1890 favoreció significativamente la expansión industrial. Sin embargo, el sector manufacturero nunca representó más del 30% de los ingresos hasta después de 1934.

El relativamente alto nivel de la educación general, la acumulación de capital y la decisión gubernamental de promover la modernización fueron los factores básicos que, combinados entre sí, condujeron al inicio de la industrialización.

Sin embargo, el sistema económico seguía dependiendo de la existencia de «hombres de negocios». Algunos de los primeros líderes empresariales eran intelectuales procedentes de antiguas clases guerreras y burocráticas, seguidos de mercaderes y de agricultores.

Así se formaron los primeros “zaibatzu”, palabra que en lenguaje poco elegante podría traducirse como “trenza financiera”. El mayor de esos grupos (Mitsui) empleaba en los años treinta un millón de personas en el Japón y otro tanto en el extranjero, mientras que Mitsubishi consolidó su base de desarrollo con 37 barcos comerciales que fueron creados con créditos públicos.

La política oficial de promoción económica continuó. Muchos de los ferrocarriles construidos por los ingleses fueron adquiridos por el Estado en 1892, invocando razones militares. En 1901, el gobierno fundó una empresa, Yamata, en el norte de Kyushu, que se convirtió en la principal proveedora de hierro del país.

Además, tomó la iniciativa de introducir tecnologías occidentales con la incorporación de máquinas y equipos a sus sectores tradicionales y empleando técnicos extranjeros.

La Primera Guerra Mundial transformó la economía japonesa: la producción industrial se multiplicó por cinco, las exportaciones crecieron desmesuradamente y hacia 1920, el Japón era una nación acreedora. No obstante, el auge productivo inducido por la guerra, finalizó ese mismo año y sobrevino el pánico que culminó con el embargo del patrón oro y coincidió con la depresión de los años 30.

Las zonas rurales quedaron en un nivel de subsistencia. Sin embargo, la economía creció rápidamente en comparación con la de otros países y el cambio estructural originado por la guerra prosiguió a buen ritmo. La industria pesada y la química se expandieron de tal forma que, hacia finales de los años treinta, el Japón disponía de una industria pesada muy desarrollada.

Este crecimiento de la industria pesada se vio acompañado por una concentración de la industria. En los años de entreguerra, los ya mencionados Zaibatsu (grupos unidos de compañías monopolísticas en áreas económicas claves, controlados por familias) como las mencionadas Mitsui y Mitsubishi, aumentaron su poder y extendieron sus intereses a todas las actividades industriales. El desarrollo de nuevos

productos, tales como, aluminio, fibras sintéticas y automóviles, produjo la llegada de los nuevos Zaibatsu como Nissan, Japan Nitrogen, Toyota y Showa Denko, introduciendo cambios en la estructura de monopolio y reduciendo el poder de los viejos Zaibatsu.

El poder militar, preponderante hacia finales de la década de los treinta, no podía sino considerar los Zaibatsu como medio para llevar a cabo sus programas de rearme. Con el estallido de la guerra del Pacífico en 1941, prácticamente todos los sectores de la economía fueron controlados y utilizados en favor del esfuerzo bélico.

A pesar de la falta de demanda interna efectiva y de la paralización global, el Japón alcanzó un alto índice de crecimiento gracias a una fuerte inversión en la construcción.

Al final de la Segunda Guerra Mundial, la economía japonesa estaba en ruinas y las autoridades debieron implantar la reforma agraria, la disolución de los Zaibatsu y la promoción de las organizaciones laborales. La agricultura se encontraba casi destruida y se debía hacer frente al hambre. Fue entonces cuando la República Argentina envió un barco cargado de trigo, hecho muy relevante en las relaciones bilaterales.

## B. Evolución económica desde 1950.

El crecimiento de la economía japonesa se debió, en gran medida, a una continua y activa política de promoción industrial, alta tasa de ahorro interno -sobre todo corporativo- y promoción de las exportaciones.

Para mediados de los años cincuenta, la economía japonesa mostraba signos de recuperación general, respecto de los niveles de preguerra. El gobierno inició una política promocional para la consolidación de su base económica, preparándola para la posterior apertura comercial: se utilizaron las reservas de divisas en forma racionalizada para importar las materias primas indispensables, proteger la industria (durante un período de tiempo estipulado) y sostener el crecimiento de las áreas consideradas estratégicas.

En 1955, Japón fue aceptado como miembro ordinario del GATT y del FMI, e inició un progresivo y lento camino de liberalización del comercio exterior inducido por estos organismos internacionales.

Entre 1960 y 1973 tuvo lugar el rápido crecimiento de la economía, con acelerada incorporación de nuevas tecnologías, una constante reinversión para modernizar y tecnificar la industria, y la apertura comercial. En este período, el PBI per cápita creció de US\$ 450 a US\$ 4.500 y la inversión privada a un ritmo mayor al 20% anual.

El aumento en la participación de las exportaciones japonesas en los mercados mundiales se explica principalmente por una mayor competitividad tecnológica, gran capacidad de imitar a los países a través de fuertes inversiones en investigación y desarrollo de productos y un gran nivel de inversión productiva que facilitó la competencia por calidad de productos, precio competitivo y plazo de entrega.

Las dos crisis petroleras (1973 y 1985) castigaron severamente al Japón, debido a su dependencia energética.

Para compensar los efectos de esta situación, el gobierno dispuso:

-la sustitución del sistema energético -dependiente del petróleo- por fuentes nucleares, de carbón, gas o energía hidráulica,

-impulsar la creación de productos de tecnología de avanzada, eficientes y de bajo consumo energético,

-la modernización de los procesos de fabricación.

En este esquema puede encontrarse el origen del diseño de electrodomésticos, autos, máquinas y equipos con control remoto más compactos, de menor consumo y más eficientes que sus predecesores, que a su vez salían de plantas equipadas con un proceso de fabricación computarizada, de menor gasto energético y mano de obra barata.

Durante los años ochenta, Japón acumuló un fuerte superávit con sus entonces principales socios comerciales: los Estados Unidos y Europa. En 1985 de las cinco principales economías se determinó que Japón revaloraría su moneda de Y360 por dólar (que se mantenía desde 1955) a Y239, para estimular las importaciones.

El alza permanente del yen frente al dólar durante este lapso amenazó seriamente la competitividad de las empresas japonesas en el mercado internacional. Para revertir ese proceso, las empresas manufactureras iniciaron un traslado de sus instalaciones hacia otros países, en especial al sudeste de Asia.

El proceso de dinámica económica se acentuó con la reducción del precio del petróleo, que desde 1986 a la primera mitad de 1990 se

mantuvo en los 14 dólares estadounidenses por barril. Este período de expansión económica que duró hasta 1991 es conocido como el de "la burbuja".

Los problemas del sistema financiero japonés tienen origen en esta época y plantean hoy interrogantes acerca de su estado, cargado con fuertes pasivos.

A las medidas preventivas adoptadas a comienzos de 1991 frente a la recesión de las economías industrializadas, se suman los problemas políticos cuya solución es buscada de acuerdo con las pautas culturales locales y que frenan el ritmo de crecimiento de la economía.

### C. Situación actual.

La economía japonesa ha entrado en recesión: para el año fiscal 1997 que finalizó en marzo se registró un crecimiento cero o negativo. Es la peor performance económica desde la crisis del petróleo.

Esto obedece a factores internos y externos de corte estructural, a los que se suma una crisis de confianza. La sensación de inseguridad en el empleo motivó que los consumidores japoneses incrementaran el ahorro en lugar del consumo. Esta es una de las causas fundamentales en la tasa negativa de crecimiento.

Este cuadro de situación hace que Japón sea un problema significativo para la economía mundial, por la incidencia regional que tiene su política económica. El fracaso en reactivar la demanda interna, junto a la debilidad de su sistema bancario, ha tenido repercusiones externas.

En pocos meses se han anunciado cinco paquetes de medidas económicas, algunos ya aprobados y otros en debate.

El primer paquete de medidas comprendió la realización de dos megaproyectos de obra pública y la aceleración del proceso de desregulación. Por considerarse insuficiente y por presión internacional, se anunció luego otro de reducción impositiva.

Hay fuertes críticas internas por la aparente falta de conducción política en la crisis regional, que genera un intenso debate acerca de las medidas tomadas y las propuestas.

Por el lado externo aparecen dos factores en primer plano: el papel

del Japón como prestamista en el Asia y la fricción comercial con los EE.UU. Japón es el principal acreedor de Tailandia, Indonesia, Malasia y Corea.

Contrariamente a lo que se piensa, la participación de las exportaciones en el PBN es menor al 9 % -guarismo inferior al de los EE.UU.- por lo cual la crisis del resto de los países asiáticos no repercute significativamente en la economía japonesa. El comercio con esos países se ha reducido en valor.

Sin embargo, las empresas japonesas radicadas en esos países se encuentran afectadas por la crisis financiera a escala regional y como el proceso de relocalización fue principalmente financiado en yenes por bancos japoneses, su situación financiera es muy débil.

En el G-7, EE.UU. prácticamente intimó a Japón a que tome medidas para impulsar la demanda doméstica e importe mayor cantidad de bienes de sus vecinos.

Considerando la caída futura de la demanda de productos manufacturados japoneses, distintas estimaciones ubican la disminución del PBI japonés para 1998 entre 0,2% y 0,5%, y de hasta 2% para los próximos dos años. La OCDE redujo las expectativas de crecimiento de Japón para 1998 del 3,1% a 1,70%.

Con la asunción del nuevo "Gabinete de Reconstrucción Económica", el Primer Ministro Obuchi se confirmó que la nueva administración prioriza la adopción de medidas para poner nuevamente en marcha la economía japonesa.

Las expectativas de los mercados se concentran sobre las medidas que actualmente están a consideración de la Dieta y que constituyen el principal problema del Gobierno:

- determinación de montos y tiempos para los recortes fiscales,
- saneamiento financiero (extraoficialmente se habla de deudas acumuladas que alcanzan a un billón de dólares),

- y la inspección de entidades bancarias actualmente en trámite.

El desafío del Japón para el siglo XXI es encontrar un nuevo equilibrio entre los sectores sociales para que la economía comience a reactivarse otra vez, de forma tal de reducir la fuerte incidencia del creciente déficit fiscal (estimado para 1997 en un 4,6% del PBI) sobre las cuentas nacionales y no detener el desarrollo económico a largo plazo.

## 2. Crecimiento económico y respuesta empresarial.

A mediados de los años 50, la economía japonesa representaba solamente el dos por ciento de la economía mundial. En aquel momento su producción era algo inferior a la de Italia, mientras que sólo la economía estadounidense representaba más del 35 % de la economía total.

Solamente en treinta y cinco años, la economía creció hasta constituir, hacia 1980, el 10% del Producto Bruto Mundial, vale decir, una economía de dimensiones tan importantes como las de Alemania y el Reino Unido, y pasó a ser la segunda potencia económica mundial.

La velocidad de cambio en la estructura productiva se puede constatar verificando las transformaciones ocurridas. En 1955, el 25% de la economía del Japón estaba basada en el sector primario. Era esencialmente una economía rural comparada con la de los EE.UU. y Alemania Occidental, donde el sector primario constituía solamente entre el 5% al 8% respectivamente. Sin embargo, en 1980, la economía del Japón se había transformado básicamente en una industrial, donde el sector primario representaba menos del 10% del total.

Tamaño crecimiento solo puede alcanzarse con las inversiones, que a su vez se originan principalmente de los ahorros y en una infraestructura financiera sólida para organizar el flujo de capitales. Tradicionalmente, el gobierno de Japón ha trabajado para mantener altas tasas de ahorro en lugar de un alto consumo.

Ya en la década de 1950 cuando se fue ganando confianza con la recuperación económica y la reintegración de los grupos de empresas, las empresas privadas empezaron a invertir positivamente. En 1955, el 69% de todos los préstamos para inversiones en instalaciones y equipos fue aportado por el sector privado, y en sólo diez años más llegó a representar un 81%. Después de los años 60, el gobierno dejó definitivamente de ser el promotor principal del sector industrial y los bancos privados tomaron este nuevo papel.

Las corporaciones japonesas fueron alcanzando posiciones de liderazgo mundial. A sólo título de ejemplo, ya en 1984 -de acuerdo con ranking de la revista americana Fortune- de las 500 mayores corporaciones industriales no estadounidenses, 146 eran japonesas. En

la actualidad sigue manteniendo esta relación (116 corporaciones según Business Week del 13/07/98) .

El comportamiento competitivo de las «kaisha» ha estado motivado por un factor clave en el entorno japonés: la tasa de crecimiento y cambio de la economía japonesa, sin precedentes históricos.

Desde finales de la Segunda Guerra Mundial, la causa fundamental de la ventaja competitiva utilizada por las principales kaisha ha ido evolucionando. Primero, fueron los bajos salarios, luego las producciones a gran escala, posteriormente la producción concentrada y la alta flexibilidad.

En algunas industrias como la automotriz y de camiones y la de equipos de construcción, las kaisha se beneficiaron de las ventajas de estas cuatro causas. En otras, como el de la industria electrónica y de herramientas, se beneficiaron principalmente por la alta flexibilidad.

La fuerza motriz de este éxito fue sin duda la alta competitividad de las empresas, gracias al original sistema de funcionamiento de las mismas basado principalmente en “empleo de por vida”, acumulación de la inteligencia de todos los miembros de la empresa, “bottom, up” en la toma de decisiones, identificación entre el crecimiento de la empresa y el crecimiento individual de los trabajadores, inversión a largo plazo y libre competencia entre las empresas, integrándose cada una con su sindicato.

El sistema de management japonés fue el más adecuado para el logro de estos fines. Básicamente, encuentra sus raíces en cuatro elementos principales:

- el espíritu de grupo;

- la alta homogeneidad de la sociedad japonesa;

- la ética tradicional que enfatiza la lealtad al superior, la obligación de éste hacia sus subordinados y la obediencia a las personas mayores y al trabajo;

- la educación: la tasa de analfabetismo (prácticamente nula en los últimos 100 años) y el alto nivel de educación han servido de base para el desarrollo de actividades como los centros de control de calidad total.

En gran parte, la estrategia empleada ha sido la de ganar acceso a las mejores tecnologías del occidente, a través de la compra de licencias, tan barata como fuera posible, mejorándola, en lugar de emprender

actividades antieconómicas en materia de investigaciones y desarrollo.

Recordando a Akio Morita, que fuera Presidente de la Corporación Sony, la industria no sólo requiere inventos (inventiveness) sino también de tres tipos de creatividad.

"Por un lado, la creatividad básica, es indispensable para hacer descubrimientos, pero sola no es suficiente para una industria fuerte."

"El segundo tipo de creatividad incluye el uso de tecnología en una forma apropiada: planeamiento del producto y de la producción. Es cierto que Japón se ha apropiado de un número de fuentes extranjeras, pero introduciéndole su tecnología en los productos, es donde se constituye en el número uno del mundo."

"El tercer tipo de creatividad está en el marketing de los productos, sin la cual las más avanzadas manufacturas fracasarán."

### 3. Comercio exterior.

Durante la década de 1970, el intercambio comercial japonés se caracterizó por el procesamiento de materias primas importadas y la exportación de productos elaborados en base a aquéllas.

En esa época, los productos manufacturados constituyan el 30% de las importaciones totales, pero desde mediados de la década de los 80 se incrementó su participación debido, entre otros factores, a la apreciación del yen, al establecimiento de las corporaciones japonesas en el exterior y a la industrialización asiática.

Como consecuencia de ello, los productos manufacturados hoy superan el 50% de las compras totales.

La estructura industrial japonesa evolucionó hacia una especialización en aquellos productos con mayor valor agregado, transformándose en un neto exportador de productos de alta tecnología, como es el caso de los semiconductores.

La tasa de autoabastecimiento de alimentos está en franco retroceso desde hace años. En 1995 cayó otro 4% respecto del año anterior, alcanzando el 42%. En 1997, debido en parte a la debilidad del yen y la suba de los precios de los granos, Japón importó alimentos por un valor de 46,6 mil millones de dólares estadounidenses.

Las razones más relevantes de esa creciente dependencia externa

se encuentran en:

El cambio de la dieta alimenticia. Después del rápido crecimiento económico, la población consume más productos cárnicos y lácteos, y menos arroz, inclusive en la actualidad poseen excedente exportable del producto.

La producción doméstica de alimentos, especialmente de granos, es menor por el envejecimiento relativo de la población agrícola, y por la menor cantidad de tierra disponible para esas actividades.

La liberalización de las importaciones permite el ingreso de alimentos más baratos.

Las prácticas de liberalización del comercio exterior japonés comenzaron a fines de la década de 1950, en 1962 un 73% de todos los productos estaban liberalizados. En 1971, alcanzó un 95 % y sólo quedaban restricciones en productos agrícolas.

Este proceso de liberalización no satisfizo a los estadounidenses porque el déficit comercial con los EE.UU. siguió ampliándose. Así, Japón tomó medidas “voluntarias” para restringir las exportaciones especialmente de productos electrónicos y automotores durante las décadas de 1970 y 1980, pero compensó esta retracción con la radicación de empresas manufactureras en el mercado estadounidense, llegando a representar, en 1990, un 40% de todas las inversiones directas en el exterior.

Este proceso siguió profundizándose y la liberalización llegó a los productos agropecuarios tales como frutas frescas y carnes. En la OMC, en 1994 Japón aceptó la liberalización paulatina de la importación de arroz y también hizo avances en la desregulación de los negocios minoristas, para que los grandes almacenes y supermercados pudieran localizarse libremente y prolongar su horario de atención.

Con el fin de la guerra fría, los EE.UU. exigieron aún más la adopción de medidas liberalizadoras, solicitando el desmantelamiento de algunas de las instituciones sociales más tradicionales como “keiretsu” (alianzas de compañías vinculadas en forma más o menos estrecha, que comercializan entre sí de manera regular) en los sectores manufactureros y comerciales.

Del total de las exportaciones del Japón en 1997 (420,9 mil millones de dólares), el 80% se destinaron a sólo cuatro mercados: los

EEUU, la Unión Europea, el Sudeste Asiático y China.

Las importaciones totales (338,7 mil millones de dólares estadounidenses) se originan en los mismos mercados, ya que alrededor de un 709,1 de su valor proviene de éstos.

Se sigue manteniendo el saldo superavitario de 82,2 mil millones de dólares estadounidenses en su comercio exterior, no obstante el nivel de retracción observado (32%) en estos últimos 5 años, que de algún modo daría lugar a las críticas estadounidenses respecto al escaso esfuerzo interno del Japón por incrementar las importaciones y colaborar con la restauración económica regional.

### **Relaciones con los principales socios comerciales:**

#### **\*EE.UU.:**

A partir de la Segunda Guerra Mundial, dentro del esquema de la Guerra Fría, la diplomacia japonesa se desarrolló otorgando prioridad a las relaciones políticas y económicas con los Estados Unidos y sus aliados. Mientras siga vigente el tratado de seguridad nipo-estadounidense no es previsible que este principio cambie ni en el aspecto político ni en el militar. Sin embargo, a partir de la década del 80 las relaciones económicas entre los dos países se han ido haciendo más tensas.

Ambas economías son cada vez más interdependientes, como lo muestra el volumen del comercio alcanzado entre ambas naciones.

El mercado japonés es el segundo destino de las colocaciones estadounidenses, sólo precedidas por las transacciones a Canadá. Con un flujo de 76,2 mil millones de dólares estadounidenses, estas ventas representan un 48% de las importaciones totales.

Por otra parte también las exportaciones japonesas a ese destino -principalmente bienes de capital por 117,6 mil millones de dólares- muestran la alta inserción de partes, piezas y maquinarias en el equipo productivo de ese país.

La Administración Clinton entiende que la inversión extranjera directa en Japón es esencial para permitir la recuperación de la economía japonesa y reclamó esquemas de inversión que promovieran la participación de empresas estadounidenses en Japón mediante fórmulas

de fusiones y adquisiciones que, a su juicio, posibilitarían mejorar la competitividad y crear nuevos puestos de trabajo, en modo similar al proceso de los 80, cuando la inversión japonesa se volcó a los Estados Unidos.

#### **\*Unión Europea:**

Un buen nivel de actividad económica por parte de Europa facilita altos niveles de intercambio e inversión, especialmente por la reestructuración global de las telecomunicaciones, industria farmacéutica, sector financiero y energético.

Se sigue manteniendo un saldo superavitario cercano a 19,7 mil millones de dólares, en el cual la importación de artículos suntuarios desde la Unión Europea ha declinado sensiblemente después del colapso de la burbuja económica. Sin embargo, este saldo superavitario viene en retracción especialmente por la sustitución de los flujos de envíos por producción de las subsidiarias japonesas establecidas en la región.

#### **\*Asia:**

En lo que hace al comercio con el Asia, el superávit de la balanza comercial en el sudeste asiático alcanzó 75 mil millones de dólares. Es aquí donde se refleja nuevamente el mayor nivel excedentario y merece en particular destacarse el comercio con China, principalmente por el incremento de la producción de las empresas japonesas establecidas en ese país.

Queda planteado el interrogante de si la recuperación económica impulsada por las exportaciones japonesas puede revertirse debido a las crisis en las monedas de sus socios asiáticos.

#### **\*Medio Oriente:**

El único saldo negativo en la balanza comercial japonesa lo constituye el intercambio con esta área (27 mil millones de dólares estadounidenses) reflejando la alta dependencia que mantiene en materia de petróleo.

#### 4. Inversiones externas:

Al igual que cualquier otro inversor en el mundo, la corporación japonesa busca al incursionar en el mercado internacional dos objetivos: la optimización de la tasa de retorno del capital invertido y la existencia de una coyuntura favorable para su inversión caracterizada por estabilidad política y social, vale decir, perspectivas de desarrollo económico sostenido.

Se han observado tres fases distintas en el desarrollo de los flujos de inversiones externas:

\* La primera de ellas, entre 1965-1974, donde las industrias principalmente manufactureras en búsqueda de mano de obra más barata deciden establecerse en el exterior como consecuencia de la pérdida de competitividad por el rápido crecimiento de los salarios en el Japón.

\* La segunda, que cubre el periodo de los años 1975-1984, donde las industrias automotrices y de máquinas eléctricas radican sus operaciones de producción de forma tal de aliviar la creciente fricción comercial.

\* Y finalmente, el tercer ciclo que comienza en 1985, para el que se observa la expansión en procura de asegurarse tecnología y mercados mundiales.

Es en EE.UU. y el resto de América del Norte, donde se canaliza cerca de la mitad de las inversiones directas globales del Japón (47,8% del total y con un monto de 23.753 millones de dólares para el año fiscal 1996).

Con destino a Europa, las inversiones directas desde el Japón (7.607 millones de dólares estadounidenses -representa un 15,3% del total-) se han fortalecido por la unificación de los mercados de la Unión Europea y la creciente fricción comercial.

Las compañías japonesas se han establecido en el área, haciendo tareas de desarrollo e investigación localmente y delegando la dirección general.

Con el proceso de industrialización de las naciones asiáticas y las ganancias espectaculares de las firmas subsidiarias establecidas en esos mercados, Japón participó con el 24% del total invertido, con un monto de 11.983 millones de dólares, resultando China e Indonesia los más

importantes destinos del área de los flujos mencionados.

América Latina en su conjunto captó un 9,3% del total de inversiones directas en el año 1996, con un valor de 4.587 millones de dólares. De estos fondos, Panamá e Islas Caymán y Vírgenes resultaron ser los mayores receptores con un 60% de los mismos.

La inversión japonesa en América Latina perdió su peso durante la “década perdida” de América Latina, llegando a 13,5% del total en 1990, o sea, 4,5 puntos menos de la cifra de 1980.

Se observa una drástica caída de la importancia del sector manufacturero y el minero y el aumento de importancia del sector financiero (en el Caribe) y el de servicios como turismo, bienes inmuebles y transporte, todo ello como consecuencia de la liberalización comercial de las economías latinoamericanas.

Las inversiones japonesas en el sector manufacturero de la región en la década del ochenta fueron marginales, sobre todo si se toma en cuenta el enorme incremento de la inversión global en sectores productivos realizada por Japón en esta década. No obstante, Japón constituye un inversor muy importante para la región, colocándose en tercer lugar, luego de EE.UU. y Alemania.

## 5. Relaciones con América Latina.

La superpoblación del Japón obligó a adoptar una política emigratoria eficaz. Así nació un gran interés en América Latina, ya que con la finalización de la Segunda Guerra Mundial, Japón había perdido los antiguos receptores (Manchuria, había absorbido casi un cuarto del total de emigrantes japoneses en el exterior antes de 1941).

Brasil y Paraguay, en el período de postguerra, eran el primer y segundo receptor de emigrantes japoneses.

Sin embargo, el interés en la emigración disminuyó notablemente, ya que el desarrollo vertiginoso de la economía japonesa alteró radicalmente la situación laboral del país, convirtiéndolo de un país saturado de mano de obra, a uno caracterizado por su carencia. Ante esta nueva situación, la prioridad del gobierno japonés en su política hacia América Latina se trasladó hacia el interés económico. Por un lado, como mercado de sus productos industriales y por el otro como

proveedor de materias primas.

La promotora de este esfuerzo fue sin duda la empresa privada japonesa. Las "sogo soshā" (compañías de comercio exterior) y el gobierno en forma conjunta, desarrollaron las relaciones económicas con la región a través de diversos canales, tales como el uso de la Asistencia Oficial para el Desarrollo (ODA) y también el otorgamiento de créditos concesionales a bajo interés.

Sin embargo, la importancia económica de América Latina para Japón disminuyó en la década de 1980 en lo que respecta al comercio e inversión, debido al deterioro económico conocido como «la década perdida» y también a la crisis de la deuda externa de la región.

Brasil y México constituyen tradicionalmente importantes proveedores de materias primas (mineral de hierro y petróleo, respectivamente).

Japón mantiene un superávit en su Balanza Comercial con el área de 0,5 mil millones de dólares, correspondiéndole a México una balanza superavitaria de 1,8 mil millones de dólares y a Brasil un déficit de 1,5 mil millones de dólares estadounidenses.

El crecimiento más sustutivo en materia comercial lo tiene con Chile. Japón es el principal destino de las exportaciones chilenas. Con nuestro vecino, Japón tiene un déficit de 1900 millones de dólares estadounidenses, básicamente centrado en la adquisición de alimentos, materias primas (forestales 44%) y minerales, principalmente cobre (33%).

La exportación de productos frescos crece progresivamente y se encuentran liberadas las importaciones de kiwi y uvas frescas.

Como el producto bruto japonés representa casi el 15 % del producto bruto mundial y el de EE.UU. un 25 %, la colaboración de ambos países tiene una gran importancia para la economía mundial, en especial para los países en vías de desarrollo. Tal es el caso de la ayuda oficial (ODA) que conjuntamente alcanza al 40% de los fondos por asistencia entregados por los países miembros de la OECD.

Japón adoptó una política de colaboración con los EE.UU., en especial en América Latina, al suministrar los fondos del Plan Brady. Por ejemplo, la contribución japonesa en el momento de aplicación del mismo en México, Venezuela y la Argentina, llegó hasta 3.500 millones

de dólares, siendo el único país fuera de los organismos internacionales que colaboró financieramente.

El desarrollo económico y la estabilidad social en América son factores decisivos en esta política de apoyo instrumentada financieramente a través del Eximbank.

## 6. Relación económica y comercial bilateral.

### Comercio económico:

Los vínculos comerciales con Japón se iniciaron a principios de siglo y responden a un modelo clásico de intercambio entre países desarrollados y de menor desarrollo relativo, es decir, productos primarios semielaborados por bienes de capital y de consumo.

No se observa un cambio sustancial en la estructura del intercambio, manteniéndose desde 1924 -primeros registros oficializados- un saldo superavitario para Japón, que desde aquel entonces se interesaba por nuestro trigo, maíz, extracto de quebracho, caseína, carnes, huesos y cueros. Ya en 1890 comenzó la primera importación de productos japoneses vía Europa, de tejidos de seda.

Esta corriente comercial cobra volumen desde 1950, se intensifica y oscila en el período 1980/97 entre los 500 y los 1400 millones de dólares estadounidenses, con un crecimiento lento pero sostenido de nuestras exportaciones hasta 1990, cuando se estabiliza en los niveles actuales, con saldos desfavorables desde 1992 en parte por el proceso de apertura económica argentina y la mayor adquisición de bienes de capital necesarios para la capitalización de nuestra economía.

No se puede dejar de mencionar el persistente apoyo que la relación mutua comercial ha tenido gracias a la labor de los Comités Mixtos Empresariales que, reunidos anualmente en forma alternativa, convocan a los dirigentes empresarios de los más diversos sectores de las economías de ambos países y que este año celebrarán la XIX Sesión del Comité Mixto Empresarial en Buenos Aires (28 y 29 de septiembre próximos).

Lamentablemente subsiste un ingreso vedado a los rubros de la oferta tradicional argentina y las reiteradas peticiones no tuvieron una respuesta favorable. Este es el caso de nuestro ingreso con carnes frescas

y trigo.

En materia de sanidad animal no hay proyectos de acuerdos sobre la materia y a pesar de haberse insistido en reiteradas oportunidades para que una delegación técnica verifique "in situ" nuestra situación sanitaria (país libre de aftosa con vacunación -calificación que le fuera otorgada por la Organización Internacional de Epizootias-) y efectúe, en forma conjunta, un análisis de riesgo, la respuesta fue negativa.

Con relación al trigo, se objeta su calidad (color y contenido protéico) y por esa razón, de acuerdo con la Agencia de la Alimentación, no hacen elegible al producto de nuestro país, afirmando este organismo que no existe discriminación contra el producto argentino en relación con el de otros orígenes. Sin embargo las tratativas siguen estancadas.

Existe un alto grado de complementariedad entre ambas economías y la estructura de nuestra relación es rica justamente por la diversidad de factores y sectores que la integran.

Japón importa más de un 90% de los recursos necesarios para la generación de energía, el 60% de las materias primas que utiliza en su industria y el 40% de los productos que consume.

Tradicionalmente Japón tiene interés en el sector pesquero de la Argentina, en particular en las capturas de nuestras especies. Por ello sus empresas se han establecido en nuestro país y constituyen una de las primeras inversiones directas así como de joint ventures recibidos de origen japonés en la Argentina.

Otro sector que suscita el interés del Japón es el de transporte, particularmente la industria ferroviaria y de subterráneos. Esta actividad data de inicios de la época de la electrificación del ramal sur de la línea Roca, habiendo participado muy activamente las empresas japonesas en la provisión no sólo de equipo sino también con la capacitación de personal. Un consorcio de empresas y entidades japonesas, lideradas por la Corp. Marubeni, posibilitó este tipo de cooperación.

La Argentina resulta particularmente beneficiada con el entrenamiento de sus empresarios y dirigentes en programas de control de calidad, comercio exterior, gerencia empresarial, etc. Desde 1987, la Overseas Technical Scholarship Association, entidad sin fines de lucro con subsidios del MITI, ha capacitado a más de 800 argentinos.

En principio, los productos alimenticios de origen argentino tienen

mayores ventajas y posibilidades en el mercado japonés, ya que las necesidades de Japón en esta materia son muy amplias, con una tendencia muy marcada hacia pautas de consumo de productos altamente variados y de mayor grado de occidentalización.

La Argentina es el 80º exportador mundial de alimentos y, consecuentemente, ha adecuado su oferta actual ingresando al Japón productos terminados como ser: miel, vinos, aceites vegetales envasados (girasol), entre otros.

No se puede dejar de mencionar la buena disposición y asistencia de Jetro a través del Programa Tango para promover este tipo de operaciones. En 1993 se inicio por un período de tres años el Programa de Promoción de Exportaciones de Productos Argentinos, que estuvo originalmente destinado a la industria alimenticia y a la fecha está orientado a la promoción del sector autopartista nacional.

Como resultado de la estrecha vinculación bilateral, Jica preparó el estudio Okita I y II, el primero en 1986 referido al desarrollo económico de la República Argentina y el segundo dedicado al fortalecimiento de las relaciones amistosas entre la Argentina y el Japón, contribuyendo a promover una mayor, interdependencia entre la Argentina y el este asiático.

### **Inversiones:**

La política de desregulación y de captación de inversiones llevada a cabo por el gobierno argentino en materia de minería ha permitido una importante expansión y presencia de empresas extranjeras en nuestro país. Por tal motivo la República Argentina ha sido ubicada por el "Mining Journal" de Londres, en el primer lugar como país confiable y de abundantes recursos aún no explotados, por lo que ofrece gran interés para los inversores extranjeros dedicados a este sector.

Ello permitió que los proyectos de exploración y prospección minera crecieran geométricamente, de 4 millones de dólares estadounidenses en 1989 a 500 millones de dólares estadounidenses, proyectados para 1999. Actualmente existen más de 80 empresas mineras internacionales de mediana a gran envergadura operando en el país.

Esta oportunidad tampoco ha sido desaprovechada por las

empresas líderes del mercado japonés, como es el caso de la Corporación Mitsubishi que participará con un 30% en Sierra de las Minas, un proyecto para la explotación de oro ubicado en la provincia de La Rioja.

Tal es el interés generado en este ámbito, que se llevaron a cabo durante el mes de abril en Tokio, dos seminarios dedicados específicamente a la comunidad de negocios de los sectores minero y forestal -nuestras dos nuevas áreas para la promoción de inversiones de procedencia japonesa-. En el caso de la minería, los rubros más promocionados serán la explotación de minerales no metálicos, granitos y rocas de aplicación.

Con una legislación argentina favorable, sumado al mercado ampliado del Mercosur y la posibilidad de concretar emprendimientos conjuntos del tipo "joint ventures" para la ampliación de la producción de rubros manufacturados en nuestro país se han modificado las pautas de la tradicional conducta conservadora de los capitales japoneses. Como ejemplo ilustrativo, en el periodo 1951/1996 las inversiones directas japonesas en nuestro país alcanzaron en forma acumulativa y nominal los 676 millones de dólares.

La radicación, entre otras de empresas de envergadura, de Toyota y dos compañías autopartistas relacionadas con la misma así como la participación de Itochu en el proceso de privatización del Polo Petroquímico Bahía Blanca, que la lleva a liderar el mercado de polietileno en el Mercosur, han sido factores decisivos de expansión de los capitales japoneses en la Argentina, tendencia confirmada por los grupos Marubeni y Mitsui, quienes han venido participando activamente, principalmente en el área de ferrocarriles, electricidad y telecomunicaciones.

Por su parte, las empresas pesqueras anteriormente establecidas han ampliado sus activos y las inversiones anunciadas en el sector alimenticio, especialmente en lo referente a la radicación de una planta de leche fermentada y otra para la producción local de antioxidante a través de las pepitas de uvas, son indicadores de cómo se afianza nuestra relación.

### **Asistencia financiera:**

La fuente de financiamiento tradicional para nuestro país, tanto a

nivel bilateral como multilateral, ha sido el Eximbank-Japan, habiendo otorgado un financiamiento total de 2.300 millones de dólares estadounidenses de los cuales el 75% han sido créditos no atados (gubernamentales) y el 25% restante ha sido destinado para exportaciones y otras actividades financieras.

Dentro de la iniciativa de fondos para el desarrollo, el gobierno japonés ha extendido líneas de crédito durante los años 1994/95 con el propósito de mejorar la capacidad de pago de nuestro país, tanto para importaciones como servicios de la deuda externa argentina.

Merece destacarse que también existen determinados sistemas de cofinanciamiento del sector privado japonés con la garantía del Eximbank en programas orientados a mejorar la asistencia financiera para reformas sociales, educativas y de reestructuración de la Administración Pública.

Los últimos avances logrados han sido: la financiación destinada para la promoción de exportaciones, la promoción de inversiones japonesas en Argentina, la asistencia financiera a las PyME para el logro de una mayor competitividad en los mercados internacionales, a los que la Argentina asigna un rol relevante en su desarrollo económico ya que va acompañado de transferencia de tecnología, know-how, servicios y capacitación.

Finalmente cabe señalar que un préstamo sin precedentes fue otorgado en 1993 por el Fondo de Cooperación de Ultramar -OECF- para contribuir al saneamiento ambiental de la región metropolitana de Buenos Aires.

Ello es en síntesis lo que les quería decir en este programa de conmemoración del centenario de las relaciones entre nuestro país y el Japón. Mucho se ha hecho en materia económica entre ambas naciones y muchísimo queda por hacer. Es de esperar que una vez que se estabilicen los mercados y los países del Este de Asia reanuden su crecimiento podamos asistir a un desarrollo exponencial de nuestras vinculaciones con el Japón y los demás países de la región.

## Argentina-Japón: Las relaciones bilaterales<sup>1</sup>

Conferencia pronunciada en la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador por el Lic. Jorge E. Malena.<sup>2</sup>

El tratamiento de las relaciones argentino-japonesas entre 1898 y 1998, constituye todo un desafío académico, ya sea por el vasto período de tiempo por analizar, como así también por lo sustancioso de dicha interacción. A los efectos de este trabajo, procuraré identificar aquellos temas dentro del campo político (y, en menor medida, del económico<sup>3</sup>) que he considerado de mayor importancia en la relación bilateral, bajo la comprensión de haber dejado de lado otras cuestiones que también contribuyeron en la evolución de este vínculo.

El 3 de febrero de 1898, durante la presidencia en nuestro país de José Evaristo Uriburu, fue firmado en la ciudad de Washington el Tratado de Amistad, Comercio y Navegación entre la República Argentina y el Imperio del Japón. Por el mismo, ambos Estados establecieron relaciones diplomáticas y consulares, como así también regularon dentro de un marco legal sus lazos comerciales, migratorios y jurisdiccionales.

La relevancia de este instrumento de quince artículos radica en que fue el primer tratado que la República Argentina firmó con una nación asiática<sup>4</sup>, lo cual originaría una “relación especial” de nuestro país con el Imperio del Sol Naciente -hecho que se mantiene hasta la actualidad-; y que es respetuoso del principio de igualdad entre los Estados, pues genera derechos y obligaciones para ambas partes -a diferencia de los restantes instrumentos firmados por el Japón en la época, una vez que la escuadra del comodoro Perry “abriera” sus puertas en 1853-.

A posteriori, una vez iniciado el siglo XX y lanzado el Japón en la carrera hacia la preponderancia regional, se produciría la guerra ruso-japonesa de 1904-1905. En la misma, realizada como consecuencia de la disputa entre San Petersburgo y Tokio por el dominio sobre la península de Corea y la Manchuria, nuestro país realizaría una contribución militar que influiría en la definición del escenario marítimo del conflicto. La misma consistió en la venta de los cruceros acorazados Moreno y Rivadavia, de los que la Argentina se debía desprender en

virtud de los llamados “Pactos de Mayo” con Chile de 1902<sup>5</sup>.

Tales acorazados fueron rebautizados por la marina oriental en el caso del Moreno, “Nisshin” (“Japón Adelante”), y en el caso del Rivadavia “Kasuga” (“Sol de Primavera”). La decisión argentina de efectuar dicha venta al Japón -y no por ejemplo a Rusia, que también ofreció comprarlos<sup>6</sup>-, se encuentra en el marco de la política pro-británica que caracterizó a la política exterior argentina desde la época de la organización nacional hasta incluso una vez concluida la Segunda Guerra Mundial. En este contexto, el gobierno de Julio A. Roca habría considerado como conveniente apoyar al Japón, nación aliada de Inglaterra desde 1902, año en que Londres y Tokio firmaron un acuerdo de alianza por el cual la potencia europea se comprometía a brindar apoyo a la construcción política, económica y militar del Japón Meiji.

Ambas embarcaciones participaron con éxito en los combates navales de Port Arthur (conocido en la cartografía china como Lushun) en el Mar de Bohai, el 14 de abril de 1904, y el combate de Tsushima en el Mar del Japón, el 27 de mayo de 1915<sup>7</sup>.

La cesión del “Moreno” y “Rivadavia”, como así también la destacada función de los mismos en la guerra contra la Rusia Zarista (más allá que en esto último poco tuvo que ver la Argentina), representan a la fecha para el Imperio del Sol Naciente una de las principales muestras de la amistad de nuestro país para con el Japón, hecho que es desconocido para la mayoría de los argentinos.

En las décadas de 1910, 1920 y 1930, las notas características de la relación bilateral son el inicio de una creciente inmigración, y el comercio sostenido. Sobre el primero en particular, se destaca el origen de tal inmigración, pues mayoritariamente provino de la Isla de Okinawa (ubicada en el extremo meridional del Japón); mientras que del segundo, sobresale la conformación de un modelo, “clásico”, en lo que hace al comercio entre un país relativamente desarrollado (el Japón) y otro de menor desarrollo (la Argentina), consistente en intercambiar bienes de capital y de consumo por productos primarios semielaborados<sup>8</sup>.

Gran parte de aquellos inmigrantes japoneses<sup>9</sup>, emprendieron diversas actividades en la Argentina, tales como el comercio exterior (exportación de lana, algodón, azúcar, trigo, carne, maíz y forrajes, como así también importación de sedas, té y artículos de ebanistería), la

floricultura, la lavandería (que luego evolucionarían hacia tintorerías), y la actividad fabril (textil, del calzado, etc.). Asimismo, contribuyeron a fomentar un mejor conocimiento y comprensión mutuos, mediante la apertura de periódicos (como el “Buenos Aires Shuho” de 1915 y el “Aruzenchin Djijo” de 1924) y el establecimiento de asociaciones culturales (como la de “Jóvenes Japoneses” de 1916 y de “Enseñanza del Idioma Japonés” de 1925).

A nivel gubernamental, es dable mencionar la elaboración del informe “El Comercio Argentino con el Extremo Oriente”, a cargo de una Comisión Especial presidida por el Almirante Manuel Domecq García<sup>10</sup>. En el mismo, se reconocía el potencial económico del Japón dentro del Lejano Oriente, a la vez que se recomendaba la implementación de medidas tendientes a alcanzar un mayor intercambio entre ambos Estados<sup>11</sup>.

En la década de 1940, y como consecuencia del inicio de la Segunda Guerra Mundial, al encontrarse la Argentina dentro del campo estratégico de las potencias aliadas y el Japón ser parte del eje Berlín-Roma-Tokio, el gobierno militar dirigido por el General Pedro P. Ramírez, tras resistir una formidable presión de los EE.UU., procedió a romper relaciones diplomáticas con la nación asiática. Ello ocurrió el 26 de enero de 1944, por decreto número 1.830, produciéndose algo más de un año después la declaración de guerra de la Argentina al Japón, esta vez bajo aún peores circunstancias (hostigamiento político, aislamiento diplomático y bloqueo económico por parte de los EE.UU. y sus aliados).

El gobierno militar encabezado por el General Edelmiro J. Farrell, mediante el decreto número 6.945 del 27 de marzo de 1945, puso fin de esta manera a la primera cláusula del tratado de 1898. Según la misma, habría “sólida y perpetua paz y amistad entre la República Argentina y el Imperio del Japón, sus respectivos ciudadanos y sus súbditos”.

Una vez concluida la Segunda Guerra Mundial y hasta principios de la década de 1950, nuestro país recompuso gradualmente sus contactos oficiales con el Japón, pero esta vez por vía del Comando Supremo de las Potencias Aliadas (conocido por sus siglas en inglés como SCAP), órgano militar que ejercía el poder sobre el territorio de la potencia vencida. En los poco más de seis años que van de agosto de 1945 a septiembre de 1951, que fueron cruciales para la reconstrucción

del Japón de la post-guerra, se destaca el envío de trigo, vestimenta, tiendas de campaña y otros víveres por parte de la Fundación Eva Perón y de la colectividad japonesa de nuestro país<sup>12</sup>. Asimismo, en 1950, la Flota Marítima del Estado inauguraría la línea a Yokohama, lo que permitió darle continuidad a envíos de esa naturaleza hasta 1955.

El año 1951 trajo aparejado la firma del fin del estado de guerra entre el Japón y las potencias aliadas y asociadas, la que quedaría plasmada en el llamado “Tratado de Paz de San Francisco”. Gracias al mismo, culminó la ocupación del SCAP, es decir que el Imperio del Sol Naciente recuperó la soberanía en el manejo de sus asuntos internos y con el exterior. La Argentina suscribió dicho documento de paz multilateral, el que sería aprobado por ley número 14.118 del 27 de diciembre de 1951, durante la primera presidencia del General Juan D. Perón. Una vez promulgada tal ley, ratificado el tratado en sede diplomática internacional y entrado el mismo en vigencia a nivel nacional, fueron restablecidas las relaciones diplomáticas entre ambos Estados el 21 de mayo de 1952.

Dentro de este contexto de recomposición de los vínculos estadales en pie de igualdad, es dable mencionar la visita en 1959 por primera vez de un jefe de gobierno japonés a la Argentina, en este caso el Primer Ministro Nobusuke Kishi; para luego en 1961 producirse la primera visita oficial de un jefe de Estado argentino al Japón, esta vez del Presidente de la Nación, Dr. Arturo Frondizi.

Durante la visita presidencial, fue firmado un nuevo Tratado de Amistad, comercio y Navegación, que reemplazaría al de 1898, si bien aquel habría de entrar en vigor recién en septiembre de 1967. Su ámbito de aplicación comprendió el comercio, la inversión y los lazos culturales, sobresaliendo que sus cláusulas reflejaron el paso de la legitimidad divina a la democrática en la nación asiática, pues ya no era Su Majestad el Emperador sino el gobierno del Japón quien, invocando al pueblo japonés, firmaba dicho tratado.

En los restantes años de la década de 1960, tuvo lugar la visita del entonces Príncipe Heredero Akihito y la Princesa Michiko, quienes se encontraron en la Argentina entre el 15 y el 22 de mayo de 1967. Fueron recibidos por el Presidente de facto General Juan C. Onganía, recibieron por obsequio como muestra de la amistad de nuestro país para con el

Japón un ombú “bonsai”, que luego sería plantado y crecería en el jardín del Palacio Imperial de Tokio, e inauguraron el Jardín Japonés del barrio de Palermo.

Luego, en los 70, se destaca la interacción producida durante el gobierno militar del llamado Proceso de Reorganización Nacional. Quizás ello haya obedecido a que, por un lado, el Japón, pleno aliado de Occidente tras su ingreso al Grupo de los 7 en 1975, ponderó como necesario el brindar apoyo a una nación que en aquella etapa de la Guerra Fría había mostrado de manera cabal su oposición a la expansión del Comunismo en el hemisferio. Por su parte, la Argentina, pese a su pertenencia al campo “occidental”, ante el hostigamiento en materia de DD.HH. proveniente de sus propios aliados, seguramente optó por profundizar sus vínculos con aquellos países amigos no tradicionales.

En las “Memorias” del Ministerio de Relaciones Exteriores de la Argentina pertenecientes al año 1978, se evidencian más claramente los fundamentos sobre los cuales se erigía la relación bilateral: “...en momentos en que la República ha sido blanco de críticas, sobre todo en lo que atañe al tema de los DD. HH., Japón ha hecho gala de una total prescindencia en lo que respecta a los problemas de política interna de nuestro país...”<sup>13</sup> Dentro de este clima de no injerencia en los asuntos internos del otro Estado, se realizó a principios de octubre de 1979 la visita al Japón del Presidente de facto, General Jorge R. Videla.

La década de 1980 sería testigo de mayores muestras de la fraternidad japonesa para con la Argentina. En el año 1981, el partido gobernante de la nación asiática<sup>14</sup>, estableció en la Dieta (órgano legislativo), el “Grupo de Parlamentarios Amigos de la Argentina”, si bien en nuestro país no se podía tener un gesto de reciprocidad, ante la suspensión de las funciones del Congreso Nacional. Posteriormente, la guerra de Malvinas ofrecería otra oportunidad propicia para que el Japón brindara otro ejemplo de su firme amistad. Si bien la Cancillería nipona -una vez recuperado el archipiélago austral- se opuso al uso de la fuerza para resolver una controversia internacional<sup>15</sup>, instó a ambas partes en conflicto a “reanudar cuanto antes las conversaciones diplomáticas”, sin adoptar sanción alguna contra la Argentina. Esta posición se mantuvo prácticamente a lo largo de la guerra, pese a las cada vez mayores presiones de la Comunidad Europea<sup>16</sup>.

Una vez reiniciada la etapa democrática en nuestro país, sobresale la solicitud del gobierno argentino al del Japón de la elaboración de un estudio sobre el desarrollo económico de nuestro país. En agosto de 1985 los representantes de la Agencia de Cooperación Internacional del Japón firmaron con su contraparte argentina, el marco de trabajo para la elaboración de dicho estudio. A su vez, dicha Agencia encomendó al Centro Internacional de Desarrollo del Japón la organización de un grupo de especialistas, el que estaría presidido por el Dr. Saburo Okita.

El resultado de esta tarea fue el “Primer Informe Okita”, destinado a resolver el problema del crecimiento económico argentino. El estudio abarcó el análisis por separado de cinco sectores de la economía (la macroeconomía, la agricultura, la industria, el transporte y el comercio), presentándose un diagnóstico de la situación económica, para, por último, en base a la experiencia japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial, concluir sugiriendo determinadas políticas destinadas a alcanzar un mayor desarrollo económico.

Previo a la publicación del “Informe...”, el Presidente Raúl Alfonsín visitó el Japón en junio de 1986, oportunidad en la que el gobierno nipón se comprometió a otorgar un crédito de 100 millones de dólares a cambio de que fuesen empleados en la compra de productos industriales de su país; y recomendó a la Argentina cumplir con los compromisos con el Fondo Monetario Internacional y el Club de París. Por su parte, la empresa Honda anunció su deseo de radicarse en la ciudad de Cruz del Eje (prov. de Córdoba).

En la década del '90, se destaca la visita del Presidente Carlos S. Menem en noviembre de 1990 (en ocasión de la entronización del Emperador Akihito), para luego en 1993 encontrarse el Jefe del Ejecutivo en suelo nipón por segunda vez. A partir de 1994, ambas Cancillerías convinieron reuniones anuales de Consultas Políticas, y en junio de 1997 el Emperador Akihito con su esposa, la Princesa Michiko, visitó la Argentina.

En 1992, las autoridades argentinas solicitaron la realización de un nuevo estudio sobre la economía argentina. Nuevamente, la Agencia para la Cooperación Internacional del Japón organizó un grupo de investigación, el que entre julio de 1994 y junio de 1996, elaboró lo que pasaría a llamarse el “Segundo Informe Okita”. El mismo fue

dirigido por el Dr. Saburo Kawai -el Dr. Okita había fallecido en 1993-, y solamente se dirigió a analizar las posibilidades de expansión de las exportaciones hacia el Este Asiático, como así también la promoción de las inversiones directas desde esa región.

En el terreno económico, entre 1990 y 1997, el intercambio comercial ha oscilado entre los 500 y los 2.200 millones de dólares anuales, destacándose el sostenido -aunque lento- crecimiento de nuestras exportaciones<sup>17</sup>. Las ventas argentinas se han estabilizado entre los 450 y los 550 millones de dólares, por lo que el saldo comercial se presenta -en este último lustro- como deficitario<sup>18</sup>. Asimismo, dentro del total de las ventas argentinas al exterior, las exportaciones al Japón representaron sólo el 2,15%. Por su parte, la participación japonesa en el total importado por la Argentina, fue del 3,7%.

Los tres principales componentes de nuestras exportaciones en 1997 fueron los pescados, crustáceos y mariscos (23,5%), aluminio y sus manufacturas (17,5%), y cereales (15,9%); mientras que en ese mismo año los tres principales rubros importados por la Argentina fueron autos, tractores y otros vehículos (27,4%), calderas y artefactos mecánicos (21,2%), y maquinarias y aparatos eléctricos (17,8%).

En el aspecto financiero, se destacan los acuerdos de Consolidación y Refinanciación de la Deuda Externa en el Club de París (febrero de 1991 y enero de 1992), el Convenio de Apoyo al “Plan Brady” (por 800 millones de dólares, en diciembre de 1992), el Acuerdo de Renegociación de Deudas en el marco del Club de París (en Buenos Aires, en agosto de 1993), y el Acuerdo de Préstamo para el Proyecto “Saneamiento de la Cuenca del Río Reconquista” (en marzo de 1995).

En lo que respecta a las inversiones, la radicación de capitales japoneses registró durante el período 1991/1996 una acumulación de 244 millones de dólares, lo que significa sólo el 0,02% del total de las inversiones japonesas en el exterior. Entre los diversos emprendimientos productivos en nuestro país, es dable destacar en el rubro lácteos a Yakult Argentina, en pesca a las subsidiarias de la Nippon Suisan Kaisha (Pespasa y Pesantar), en telefonía a Pecom Nec (joint venture entre NEC de Japón y Pérez Companc), y en el rubro automotor a Toyota (que para el año 2000 espera abastecer al 10% de la demanda en la materia del MERCOSUR).

Finalmente, en cuanto a los próximos intercambios de visitas del más alto nivel, el 28 y 29 de septiembre visitarán nuestro país el Príncipe Akishino (sucesor al trono y representante personal del Emperador) con su esposa, mientras que a principios de diciembre el Presidente Carlos S. Menem efectuará su tercera visita al Japón. Por otra parte, cabe mencionar que el jefe del gobierno asumido en agosto del corriente año, el Premier Keizo Obuchi, fue presidente de la Liga de Parlamentarios Japoneses Amigos de la Argentina.

Para concluir, unas breves reflexiones sobre los aspectos políticos y económicos de la relación entre la Argentina y el Japón.

Los lazos políticos son estrechos y profundos, pues el correr del tiempo ha permitido que gestos de amistad por parte de ambos países así lo permita. Dichos "gestos" se han traducido en medidas de asistencia material ante la necesidad del otro, respetuo mutuo, y consideración benévolas de la situación del interlocutor.

Dicha caracterización del lazo bilateral, a pesar de la distancia (en sus sentidos geográfico y cultural), se ha mantenido de manera casi constante a lo largo de estos últimos cien años.

Posiblemente, en el sistema internacional en gestación posterior al fin de la Guerra Fría, la fortaleza del vínculo entre la Argentina y el Japón será puesto a prueba. Ello sería así en virtud de la persistente pérdida de poder relativo de la nación asiática tanto en lo político como en lo económico, como así también de la "tentación" que generan las restantes naciones en desarrollo del Asia Oriental (principalmente China, Corea del Sur e Indonesia), frente a una Argentina necesitada de diversificar aún más sus relaciones políticas y económicas internacionales.

En el plano económico, existe un alto grado de complementariedad entre ambas economías, y, en virtud de los diversos factores y sectores que respectivamente las integran, las perspectivas futuras son muy auspiciosas.

Por lo tanto, si bien es posible que el aspecto político de la relación bilateral se vea en cierta manera afectado (la Argentina produciría un mayor acercamiento hacia, por ejemplo, China, lo cual actuaría en desmedro del lazo con el Japón), en materia económica la interacción podría variar (por ejemplo disminución de las compras japonesas pero también mayores inversiones en nuestro país), sin que ello implique

perjudicar a la misma.

### Bibliografía:

Arena de Tejedor, Francesca, H. Forn, P. Falconi y C. Fraguío, *Argentina y Japón: Se conocieron en el violento amanecer del mundo violento* (Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales, 1992).

Asociación Argentino-Japonesa, Revista *A-Nichi* (Buenos Aires, 1988-1994).

Instituto Latinoamericano de Investigaciones Comparadas sobre Oriente y Occidente, Revista *Oriente-Occidente* (Buenos Aires: Universidad del Salvador / CONICET, 1980-1997).

Lanús, Juan Archibaldo, *De Chapultepec al Beagle: Política exterior argentina, 1945-1980* (Buenos Aires: EMECE, 1984).

Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, República Argentina, *Memorias* (Buenos Aires, 1978).

Oviedo, Eduardo D., *Las Relaciones Políticas Argentino-Japonesas 1898-1998*, Trabajo Inédito, Rosario, 1998.

República Argentina, *El comercio argentino con el Extremo Oriente* (Buenos Aires: Informe de Comisión Especial, 1936).

Sanchís Muñoz, José R., *Japón y la Argentina: Historia de sus relaciones* (Buenos Aires: Sudamericana / Fundación Okita, 1997).

### Notas:

1. El autor desea agradecer por el apoyo recibido para elaborar este trabajo a la Dra. Marta S. González (Dirección de Asia y Oceanía, Cancillería Argentina) y al Lic. Eduardo Oviedo (Investigador del CONICET y Profesor de la Universidad Nacional de Rosario).

2. Graduado en Ciencias Políticas de la UCA; Master en Política Internacional del Asia Oriental de la Universidad de Londres; y Cursante del Doctorado en Ciencias Políticas de la UCA. Docente de Estudios Orientales y Relaciones Internacionales en las universidades del Salvador, Católica y de Belgrano. Investigador del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Comparadas sobre Oriente y Occidente (ILICOO); Miembro del Comité de Estudios Asiáticos del Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI); y Representante Académico ante la Comisión Nacional para las Relaciones con el Asia Pacífico (CONAPAC). Se desempeña como Analista Jefe de Relaciones Internacionales en el Estado Mayor General de la Armada, sección Asia, Oceanía y África.

3. Ya tratado por el Embajador Eduardo Sadous en este mismo ciclo.

4. No así en el caso del Japón, que a la fecha había firmado instrumentos de similar tenor con México, Perú, Brasil y Chile.

5. Según dichos acuerdos, en materia de factores de poder militar, se establecía la limitación de armamento, la equivalencia de las escuadras y el desarme de los buques, a los efectos de poner fin a la carrera armamentista producida entre la Argentina y Chile como consecuencia del litigio limítrofe en la Patagonia.

6. Pero en cuotas y no al contado como lo hizo el Japón.

7. Es dable mencionar el efecto psicológico que esta victoria tuvo en el Asia Oriental, pues por primera vez una nación “amarilla” (y a su vez, en su momento víctima de la agresión colonial), vencía en combate a una nación “blanca” (que a su vez era un claro representante de la política colonialista que se desarrollaba en la época en la región). En el caso del Japón, la principal repercusión fue inflamar de sobremanera su creciente nacionalismo, mientras que en el resto del Asia Oriental, se vio reforzada la creencia en una solución nacionalista a la dominación extranjera.,

8. Dicho modelo prácticamente se mantiene hasta la actualidad.

9. Que en 1910 totalizaron unas 300 personas, en 1920 unas 1800, y en 1930 un total de 4029.

10. Quien en 1904 había sido designado por el gobierno argentino observador en la guerra ruso-japonesa, tras la cual permaneció en la región hasta 1906. Resultado de esta misión fue un voluminoso y valioso informe de cinco tomos, lo que le permitió erigirse como uno de los

pocos especialistas sobre el Lejano Oriente en nuestro país.

11. República Argentina, *El comercio argentino con el Extremo Oriente*, (Buenos Aires: Informe de Comisión Especial, 1936), pp. 297-309.

12. El primer envío fue a través del vapor "Río Aguapey", el que transportó unas 9.000 toneladas de trigo, más la restante asistencia mencionada.

13. Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto de la República Argentina, *Memorias* (Buenos Aires, 1978).

14. El Partido Liberal Democrático (conocido por sus siglas como PLD).

15. Para ello la delegación japonesa basó sus argumentos en su carta magna.

16. Sólo hacia mediados de mayo de 1982, se anunciaron medidas de carácter más simbólico que práctico, vinculadas con el consejo a empresarios japoneses de no efectuar negocios con la Argentina y la suspensión temporaria de nuevos créditos por el Eximbank (ambas fueron levantadas en junio de 1982).

17. Salvo en 1992.

18. El déficit acumulado entre 1992 y 1997 fue de 2.870 millones de dólares.